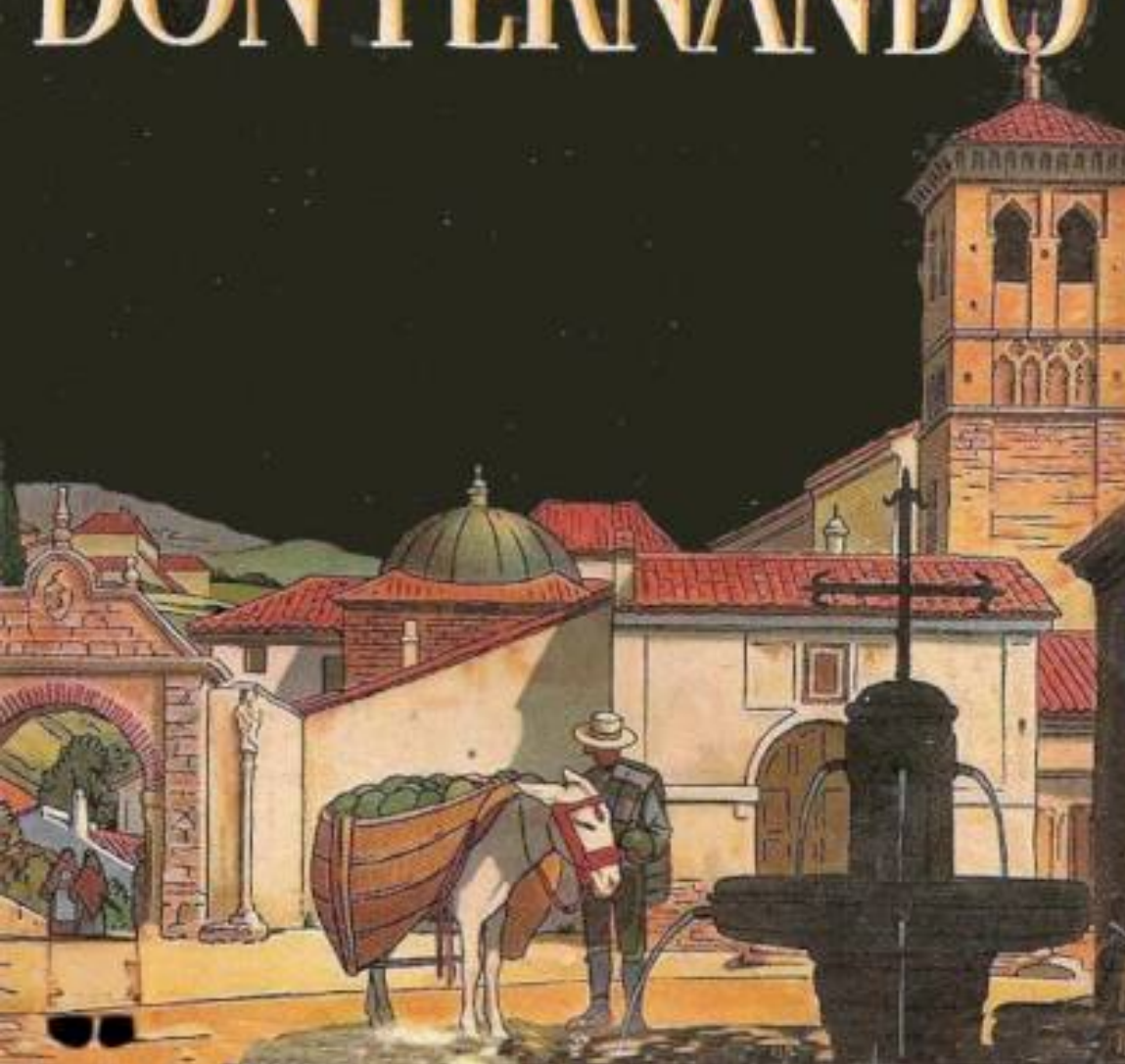




W. SOMERSET MAUGHAM

# DON FERNANDO



Otro de los relatos de viajes de Maugham que reflexiona sobre España y su historia, de la literatura, la cultura, el arte, los artistas, la gente común, las vidas de las personas en aquellos tiempos, usualmente entre los siglos XV y XVII.

## NOTA DEL AUTOR

Deseo explicar al lector que he aprovechado la oportunidad de una nueva edición de este libro para hacer en él ciertos cambios. No ocurre a menudo que un escritor tropiece con una crítica de su obra que pueda serle de utilidad. Cuando tiene la suerte de que así suceda, sería necio si no la aprovechara. Eso es lo que he tratado de hacer en esta edición. Cuando Mr. Desmond MacCarthy hizo la crítica de *The Summing Up* en el *Sunday Times*, observó, aunque sin esperanza, que en *Don Fernando* ya había expuesto una serie de ideas que volvía a expresar en aquel libro objeto de su crítica. Me constaba. Cuando escribí *Don Fernando*, no tenía intención de escribir *The Summing Up* y como uno de los temas que traté en el primero parecía darme una excusa plausible para decir varias cosas que tenía grandes deseos de manifestar, así lo hice. Como espero que su nombre indicase, *The Summing Up* era un resumen de mis reflexiones sobre la mayoría de los asuntos que en el curso de mi vida la habían ocupado, y, por lo tanto, parecía bastante lógico repetir más o menos ampliamente lo que ya me constaba que había dicho en más de un libro. Pero, en vista de que *The Summing Up* ha tenido una difusión mucho más amplia de lo que yo había esperado, he considerado prudente omitir en este libro lo que creo haber expresado en el otro con palabras más adecuadas. Desde luego, me he alegrado mucho de corregir el libro de esta manera, ya que al releer *Don Fernando* al cabo de quince años no he dejado de observar que el extenderme considerablemente sobre un tópico no demasiado impor-

tante respecto al tema básico constituía un error de composición. He aprendido lo bastante sobre el difícil arte de escribir para saber que cuando se está persiguiendo un zorro carece de objeto correr detrás de una liebre.

En una amable crítica de *Don Fernando* Mr. Raymond Mortimer, de *The New Statesman*, encontró tedioso uno de sus capítulos. Contenía un extenso fragmento de un manual de conversación escrito en el siglo XVI por un tal John Minsheu para enseñar a los ingleses las frases españolas que podrían serles útiles en el curso de sus viajes. Incluía dicho fragmento porque pensé que descubriría su curioso aspecto de la época. John Minsheu describía sus diálogos como *agradables y deliciosos*, pero estoy dispuesto a creer que el lector común, de quien no puede esperarse que comparta mis intereses particulares, no los encuentre así. De modo que he eliminado el fragmento y lo he sustituido por material que espero sea más de su gusto.

Pero no puedo hacer nada sobre otro punto con el que Mr. Mortimer tampoco estuvo de acuerdo.

Afirmaba yo que estos ensayos sobre varios aspectos de la vida española durante el reinado de Felipe III estaban compuestos con material recogido por mí a fin de escribir una novela que, por ciertas razones, nunca llegué a realizar. Mi crítico opinó que eso no era más que un pretexto; de hecho, si recuerdo bien, dijo que era la excusa más endeble que había oído para explicar por qué se había escrito un libro. Supongo que debe ser así, pero no puedo remediarlo; se trata de la pura verdad. No creo que ningún escritor se tome la molestia de leer tantos libros, muchos de ellos aburridos, en un español que incluso los españoles contemporáneos encuentran difícil de leer, sin una finalidad. Escribir sobre el tema escogido. La mejor prueba que puedo dar acerca de que cuando afirmé tal cosa no intentaba meramente dar a mi libro una hilación que me condujere de un tema a otro, es que muchos años después escribí, no precisamente la novela que me había propuesto,

sino otra situada en el mismo tiempo, en la que pude utilizar gran parte del material recogido.

Mi propósito es complacer a los lectores, y cuando volví a enfrentarme con *Don Fernando*, traté de encontrar algún medio para soslayar el punto que Mr. Mortimer había encontrado débil. Porque es inútil explicar a los lectores que tal es la realidad; ésta debe ser plausible. Pero, puesto que todo el libro colgaba de este hilo, tal vez tenue, pero lo suficientemente fuerte, según mi parecer, para soportar su peso, pronto comprendí que el único método por el que podía desembarazarme de este útil pretexto, era volver a escribir el libro desde el principio hasta el final, y eso no estaba dispuesto a hacerlo. Si no tiene ningún defecto peor, creo que puedo sentirme satisfecho.

Me complace tener esta oportunidad para expresar mi más sincero agradecimiento a los dos distinguidos críticos que he mencionado, porque sus comentarios me han permitido, o por lo menos así lo espero, realizar un libro algo mejor que el que hace tantos años había ofrecido a la consideración del público.

W. S. M.

## CAPÍTULO PRIMERO

Por entonces vivía en Sevilla, en la calle llamada de Guzmán *el Bueno*, y siempre que salía de mi casa, o regresaba a ella, pasaba ante la taberna de don Fernando. Después de haber terminado mi trabajo matutino, y de dar un paseo por la alegre y bulliciosa calle de las Sierpes, encontraba muy agradable entrar en ella a tomarme un vaso de *manzanilla* 1, antes de irme a almorzar; y en el frescor del anochecer, después de haber cabalgado por el campo hacía avanzar a mi caballo por el peligroso empedrado, me detenía, llamaba al mozo para que sujetase las riendas, y entraba allí. La taberna no era más que una sala larga, de techo bajo, con puertas en los dos extremos, porque estaba en una esquina; el bar corría a lo largo de la pieza y detrás de él estaban las barricas de las que don Fernando sacaba el vino que servía. Del techo colgaban ristras de cebollas y de salchichas, y jamones de Granada, que don Fernando siempre afirmaba que eran los mejores de España. Me parece que su clientela estaba formada principalmente por los criados del vecindario. Aquel barrio de Santa Cruz era por entonces el más elegante de Sevilla. De calles tortuosas y blancas, con grandes casas, y aquí y allá una iglesia. El barrio era extrañamente tranquilo. Si uno salía por la mañana, tal vez viese a una señora de negro en compañía de su criada, que iba a misa; a veces pasaba un buhonero con su burro, con las mercancías colocadas en grandes cestos abiertos; o un pordiosero, que se detenía en todas las casas, que alzaba la voz ante cada *reja*, la puerta de hierro forjado que daba acceso al patio, y suplicaba una limosna con la

frase de uso inmemorial. Al caer la noche, las señoras que habían estado dando vueltas por el Paseo en un landó tirado por dos caballos, regresaban a sus casas y las calles resonaban con el ruido de las herraduras de los caballos. Luego volvía a reinar el silencio. De esto hace muchos años. Aludo al final del siglo XIX.

Don Fernando era bajo, incluso para ser español, pero muy grueso. Su rostro moreno y redondo brillaba a causa del sudor y siempre llevaba barba de dos días. Ni más ni menos. Ignoro cómo lo conseguía. Era increíblemente sucio. Tenía ojos grandes, negros y relucientes, con pestañas muy largas, que eran al mismo tiempo astutos, bonachones y alegres. Era guasón, y el primero en celebrar sus propias bromas. Hablaba el suave español andaluz, del que la influencia árabe ha eliminado la aspereza de Castilla, yo hasta después de aprender muy bien el idioma no pude comprenderlo fácilmente. Era *aficionado* a los toros, y su mayor orgullo consistía en que el gran Guerrita fuese de vez en cuando a su taberna, a beberse un vaso de vino con él. Era soltero y vivía con un muchacho zarrapastroso, de pálido rostro, que había sacado del orfelinato y que le preparaba la comida, lavaba los platos y barría el suelo. Este muchacho padecía el estrabismo más pronunciado que he visto en mi vida.

Pero don Fernando no sólo vendía una *manzanilla* tan buena como la mejor que podía obtenerse en Sevilla; comerciaba también con antigüedades. Ésa era la razón de que yo lo visitase tan frecuentemente. Nunca se sabía lo que podía ofrecerle a uno. Supongo que los objetos llegaban a su poder por medio de algún criado de confianza de las casas del vecindario. Sus propietarios, en dificultades económicas temporales, eran demasiado orgullosos para venderlas a la tienda por sí mismos. En su mayor parte eran objetos pequeños y de fácil transporte, objetos de plata, de encaje, viejos abanicos con varillaje de nácar y adornos de oro, crucifijos, joyas con pedrería falsa y antiguos anillos

de diseños barrocos. Don Fernando compraba raramente muebles; pero cuando lo hacía, un *bargueño* o un par de sillas de respaldo recto, con asientos de cuero y decoradas con clavos, lo guardaba en el piso superior, en el dormitorio que compartía con el huérfano. Yo disponía de muy poco dinero y él sabía que sólo me era posible comprar nimiedades, pero le encantaba mostrarme sus compras y en dos o tres ocasiones me hizo subir a su habitación. Las ventanas estaban cerradas para resguardarse del calor diurno y de la frescura de la noche; todo estaba muy sucio, apestaba. En dos esquinas opuestas de la habitación había dos pequeñas camas de hierro, siempre deshechas, cualquiera que fuese la hora de la visita, y las sábanas tenían el aspecto de no haberse lavado en muchos meses. El suelo estaba sembrado de colillas. Los ojos de don Fernando resplandecían con un brillo especial siempre que pasaba su rolliza y sucia mano por la madera de una silla pulimentada por tres siglos de uso. O escupía sobre la polvorienta superficie dorada de un tabernáculo y frotaba luego con el dedo para demostrar con satisfacción la buena calidad del oro. A veces, mientras estaba en el bar, sacaba de debajo del mostrador los pedazos de un par de pendientes, aquellos viejos y pesados pendientes españoles, y los montaba delicadamente para que admirásemos la belleza de las piedras y la elegancia de la montura. Tenía una manera de manejar esos objetos, sensual y tierna a la vez, que demostraba, más que cualquier cosa que pudiera decir, el cariño que sentía por ellos. Cuando abría un viejo abanico con el chasquido peculiar con que lo hacen las mujeres españolas y se abanicaba con él, un viejo abanico que una gran señora con mantilla había agitado en una corrida en tiempos de Carlos III, rey de España, no se podía dejar de sentir que, pese a su ignorancia, don Fernando experimentaba una emoción vaga y deliciosa ante el pasado.

Don Fernando compraba a bajo precio y vendía también muy barato; y por eso, después de regatear durante



días, a menudo durante semanas, discusión en la que los dos disfrutábamos, me era posible comprarle poco a poco una serie de objetos que no tenían la menor utilidad para mí, pero que me encantaban porque despertaban mi fantasía. Así compré los abanicos que habían usado varias mujeres hermosas, muertas ciento cincuenta años atrás, los pendientes con que adornaron sus orejas, los fantásticos anillos que lucieron en los dedos, y los crucifijos que colgaron en sus dormitorios. Sólo eran baratijas, y con el transcurso de los años todo me ha sido robado, se ha perdido, o lo he tirado. De las cosas que compré a don Fernando, en la actualidad sólo conservo un libro, que no deseaba y que compré contra mi voluntad. Un día, apenas había transpuesto el umbral de la taberna de don Fernando, éste se me acercó presuroso.

—Tengo algo para usted —dijo—. Lo he comprado especialmente en su honor.

—¿De qué se trata?

—De un libro.

Abrió un cajón del bar y sacó un pequeño y grueso volumen encuadernado en pergamino. Hice desdeñoso el gesto.

—No me interesa.

—Pero, examínelo. Es un libro muy viejo. Tiene más de trescientos años.

Lo abrió y me enseñó la página en que estaba el título. En efecto, allí figuraba la fecha de 1586, con el nombre de Madrid y el del editor: *Por la viuda de Alonso Gómez Impresor de la C. R. M.*

— No cuesta nada —prosiguió—. Se lo daré por cincuenta pesetas.

—No me interesa a ningún precio.

—Es un libro célebre. Cuando me lo han traído, me he dicho: a don Guillermo le gustara. Es una persona culta.

—Es inútil que trate de darme coba. (Mucha gente no conoce este aspecto de los españoles). Véndaselo a algún

otro. Yo no soy coleccionista de libros. Sólo los compro para leerlos.

—Pero ¿por qué no ha de leer éste? Es muy interesante.

—No para mí.

—¿Un libro de hace trescientos años? Vamos, hombre, no me diga eso. Fíjese, en los márgenes y en la última página aparece algo manuscrito. Eso le demostrará lo viejo que es.

Era verdad que algún lector había escrito algunos párrafos aquí y allí, con una caligrafía que muy bien podía pertenecer al siglo XVII, pero de aquellas notas no pude descifrar ni una palabra. Pasé unas cuantas páginas. Estaba bellamente impreso en papel fuerte y delgado, pero las letras aparecían tan juntas que costaba trabajo leerlas. La vieja pronunciación, las abreviaturas que observé, lo hacían difícil de entender. Meneé la cabeza firmemente y devolví el libro a don Fernando.

—Puede quedárselo por cuarenta pesetas. A mí me ha costado treinta y cinco.

—No lo querría ni regalado.

Se encogió de hombros, lanzó un suspiro y guardó el libro.

Al cabo de unos pocos días, pasé a caballo por delante de la taberna, y don Fernando, que estaba junto a la puerta mordisqueando un mondadientes, me llamó.

—Entre un momento; tengo que decirle algo.

Desmonté y alargué las riendas al mozo. Don Fernando me puso el libro en las manos.

—Se lo daré por treinta pesetas. Pierdo cinco en la operación, pero quiero que lo tenga usted.

—¡Pero si no quiero el libro! —exclamé.

—Veinticinco pesetas.

—No.

—No necesita leerlo. Póngalo en su biblioteca.

—No tengo biblioteca.

—Pues tendría que tener una. Empiécela con este libro. Es un libro magnífico.

—No lo es.

Y no lo era. Aunque me constase que nunca había de leerlo, tal vez me hubiese sentido tentado por él si hubiese estado encuadernado en cuero, con grabados en oro y se hubiese tratado de un hermoso volumen con amplios márgenes. Pero era un librito feo, demasiado grueso para su tamaño, y el pergamino en que estaba encuadernado aparecía amarillento y con grietas. Estaba decidido a no quedarme el libro.

Don Fernando, ignoro por qué motivo, estaba resuelto a todo lo contrario; y a partir de entonces, nunca entré en su taberna sin que él insistiera sobre este punto. Me aduló, me lisonjeó, se puso en mis manos, apeló a mi sentido de la justicia; rebajó el precio hasta veinte pesetas, hasta diez, pero me mantuve firme. Luego, un día, llegó a sus manos una estatuilla de san Antonio, de madera, evidentemente del siglo XVII, maravillosamente esculpida y pintada, de la que en el acto me encapriché. Discutimos acerca de ella durante varias semanas, hasta que finalmente nos aproximamos mucho al precio que él estaba dispuesto a sacar y que yo me sentía capaz de pagar. La diferencia entre los dos era sólo de veinte pesetas. He olvidado la cantidad exacta. Creo que él pedía ciento treinta pesetas y yo le ofrecía ciento diez.

—Déme ciento treinta por la estatua y el libro, y nunca lo lamentaré —me dijo.

—¡Maldito sea el libro! —grité exasperado.

Pagué mi consumición y me dirigí hacia la puerta. Don Fernando me llamó.

—Escuche —dijo.

Di media vuelta. Se me acercó con una sonrisa zalamera en sus rojos y abultados labios, con la estatuilla en una mano y el libro en la otra.

—Le daré la estatua por ciento veinte pesetas, y le regalaré el libro.

Ciento veinte pesetas era el precio que durante todo el tiempo yo había estado dispuesto a pagar.

—Le daré esa cantidad —dije—, pero puede guardarse el libro. No me hace falta ningún regalo.

—Pero yo quiero hacerle uno. Para mí es un placer. Usted no puede rechazármelo. Vamos, hombre.

Suspiré. Me había vencido. Me sentí un poco avergonzado.

—Le daré veinte pesetas por el libro.

—Incluso así es un regalo —objetó él—. En Madrid puede venderlo por doscientas.

Lo envolvió en un sucio pedazo de papel; le pagué el dinero y, con el libro en la mano y la estatuilla bajo el brazo, me encaminé hacia mi casa.

## CAPÍTULO II

Con el transcurso del tiempo conseguí reunir algo parecido a una biblioteca, y el pequeño y grueso libro que don Fernando me había obligado a quedarme ocupó su lugar en ella. A causa de su forma y de sus cubiertas de pergamino, destacaba poderosamente entre las guardas de papel de los libros extranjeros y las telas multicolores de los ingleses. Su contemplación no me irritaba, porque me recordaba la taberna de don Fernando, las calles de Sevilla en verano (con el calor del sol mitigado por los toldos extendidos sobre ellas), y el fresco y seco sabor de la *manzanilla*; pero no se me había ocurrido leerlo. Hasta que en una tarde lluviosa, mientras me entretenía con los libros, reparé en él y lo saqué de su estantería. Pasé sin interés unas cuantas páginas. Decidí leer un párrafo y ver lo que podía sacar de él. Pero el párrafo ocupaba seis páginas. Y no lo encontré tan difícil de entender como había esperado. Las «s» largas eran algo molestas, y las «n», suprimidas sin ningún plan evidente, estaban indicadas por un pequeño tilde sobre la letra precedente; las «v» en medio de palabra estaban sustituidas por «u» y al principio, a veces, por «b». Esto reproducía la pronunciación del siglo XVI. Pero, debido a mi poca familiaridad con ella, resultaba complicado comprender que la palabra pronunciada *boluer* debía leerse *volver*. Había muchas abreviaturas y la pronunciación era arcaica. Pero descubrí que, si leía con atención, no tenía grandes dificultades que superar y llegué a la conclusión de que el autor escribía con claridad. Decía brevemente lo que tenía que decir. Retrocedí y empecé por el principio.

El relato que leí era extraño. Su protagonista era el hijo menor de los trece vástagos de don Beltrán Yáñez de Oñaz y de su esposa doña María Sáez de Balda. Don Beltrán era el jefe de una antigua e ilustre familia, y su esposa podía compararse en cuanto a alcurnia y virtudes. Estaban emparentados con las más importantes familias de Guipúzcoa. Ésta es una de las regiones más agradables de España. Una provincia montañosa con valles fértiles y verdeantes por los que discurren arroyos cristalinos. El frío del invierno es tolerable y en verano el aire es seco y refrescante. La casa de don Beltrán, que todavía existe, se yergue en un largo y estrecho valle cerrado en ambos extremos por montañas. El panorama, aunque de esta manera confinado, es espacioso. Las cumbres de las montañas son pedregosas y yermas, pero los árboles crecen en las laderas y en sus faldas aparecen grandes extensiones de pastos de maíz. Constituye un espectáculo alegre y de vivos colores. Un riachuelo corre por el valle y puede suponerse que ésta fue la causa de que la casa se edificara en este sitio. Pero la época era turbulenta, y aunque la fortaleza había sido destruida por orden del rey Enrique IV y de las Hermandades de Guipúzcoa, podía ser defendida en caso de necesidad. Se trata de un edificio cuadrado, con la parte baja (resto de la fortaleza del siglo XIV), de piedra gris sin pulimentar. Pero la superior, construida un siglo más tarde, de un estilo menos belicoso, es de ladrillo, con pequeñas torrecillas, llamadas garitas adornando sus cuatro esquinas. No es muy grande; en Inglaterra parecería una mansión campestre de mediano tamaño, y don Beltrán y su esposa, con su numerosa familia y la cantidad de sirvientes que requería su alcurnia, debieron vivir bastante apretados. Don Beltrán era un personaje importante, y su heredero, don Martín, se desposó con doña Magdalena de Araoz, doncella de honor de la reina Isabel *la Católica*, que la obsequió como regalo de bodas con un cuadro de la Anunciación. Al cabo de pocos días de llegar

la novia a su nueva casa, quedó sorprendida al encontrar el cuadro bañado en sudor.

El milagro causó gran sorpresa a todos los miembros de la familia, y don Pedro López, hermano de su marido y sacerdote, propuso que el cuadro fuese trasladado a la iglesia del pueblo, para ser venerado por los fieles. Pero don Martín, reacio a separarse de tan gran tesoro, ofreció en lugar de ello edificar una capilla en la casa, donde la pintura milagrosa pudiese ser adecuadamente entronizada.

El hijo menor de don Beltrán, el protagonista de la historia, fue bautizado Íñigo. Cuando apenas había salido de la infancia, fue enviado por su padre a la Corte, donde entró al servicio de don Juan Velázquez de Cuéllar, tesorero de los Reyes Católicos. Aquel servicio era una ocupación honrosa.

Los hombres de elevada alcurnia no encontraban deshonroso colocar a sus hijos como criados de los grandes nobles. Servían la mesa, hacían las camas, barrían el suelo y compraban y hacían encargos por cuenta de sus amos. Don Juan Velázquez era gobernador de Arévalo, en la provincia de Ávila, una de las ciudades dejadas por Juan II de Castilla a su viuda, la madre de Isabel. El escudo de Arévalo tiene una muralla almenada y un caballero con armadura y lanza en posición de descanso. Allí aprendió buenos modales el joven Íñigo, las costumbres del mundo y los requisitos necesarios para convertirse en un caballero. Ya en la edad adulta, con el ejemplo de sus hermanos, todos nobles, y apremiado por su espíritu valeroso, se dedicó al ejercicio de las armas. Trató de superar a los mejores y de conseguir reputación gracias a su valor. Pero su biógrafo pasa brevemente por este periodo de su vida. Sólo por las observaciones casuales hechas más adelante se sabe que había sido rápido en la defensa de su honor cuando se había presentado la ocasión, que le gustaba la caza y que era bastante jugador. Era un mozo bien parecido, no muy alto, pero de fuerte constitución, con pies pequeños de los que se sentía